

000189822

DR. JUAN BRUCE GONZALEZ

La Casa de Neruda

6465092

La visité hace unos días. Algo de su magia aún me acompaña. La magia de la sencillez del revoltijo multisuggerente, de ese brio a brío de un hombre que envejeció niño, de un coleccionista obeso por una "belle époque" irremediabilmente ida, de ese museo del positivismo de principios de siglo que se respira en cada una de sus habitaciones. Vino conmigo desde Isla Negra el hechizo que debió ejercer sobre cada una de sus pertenencias y que lo empujarán al ensueño y a la aventura del verso. La poesía parece fluir de sus cosas, como el perfume de un jardín dormido. Como siempre vivas secas, pero coloridas. La casa es una impronta, la huella digital de su espíritu. Me parece inconcebible, ahora, no haberla visitado antes para entender mejor su obra.

De construcción sencilla, madera y piedras, respira modestia y humildad. No hay el menor atisbo de ostentación. Agregados progresivos la volvieron desordenada. Donde el poeta necesitó un cuarto, lo añadió. Por donde deseó salir abrió una puerta y por donde mirar, una ventana. Con vidrios de colores a través de los cuales, estoy seguro, el niño que llevaba adentro, miraba al mar tornarse rojo o azul como lo hiciéramos en la infancia con los frascos de perfume de nuestras madres. Una casa armónicamente desordenada donde el curso de este siglo se detuvo en los años treinta.

En su dormitorio, amplia vitrina frente al mar, seguramente soñó aventuras de océanos en compañía de su ovejita de trapo que siempre veló su sueño y que ahora dormita sola en su almohada. En el comedor, con el enorme mascarón de Morgan a sus espaldas, contó a sus amigos aventuras de piratas, mientras sobre su mesa marinera humeaba, olorosa, el caldillo de congrio. Y entre sus

botellas multiformes, bebió a la salud de sus camaradas de Madrid o París.

Pasillos estrechos, escaleras empinadas como de barcos, nos llevan a salas que parecen arrancadas de un museo francés de los inicios de este siglo. Mapamundis de color sepia, antiguas cartas de navegación, telescopios de bronce, brújulas viejas y sistemas planetarios se almacenan como testigos de la ciencia que impactó al poeta. Ciencia de sabios con gafas y levita, como fueron seguramente sus maestros. Por uno de esos pasillos se llega a la sala de baño con postales de 900 en sus cuatro paredes y donde una taza de floreado rococó inglés recibe el agua que se descarga de un plebeyo estanque de pizarraño. Paradojas de un artista. Por ahí, un bidet que hace juego con la taza y, donde supimos, preparaba los tragos que ofrecía a sus espantadas amistades.

Allá su escritorio. Un tablón arrojado por el mar, tal vez regalo de un hermano pirata y donde escribió más de una página de su "Confieso que he vivido". Acá su sala de mascarones. Vigilantes, enhiestos, fríos. Uno de ellos, su favorita, figura femenina de ojos de vidrio, Pablo la vela llorar. Y era cierto. La humedad del mar se hace lágrimas en sus ojos. Ahí están todos, silenciosos, como esperando el regreso del poeta. Una sala triste.

Neruda fue un hombre niño. Un niño soñador y nostálgico que atesoró los ensueños y fantasías de un mundo que moría para dar paso a una nueva era. A esta era de tecnología y materialismo que han ido estrechando progresivamente al espíritu y donde la poesía teme brotar entre tanta contaminación y desecho. Neruda conjugó esos sueños con maestría y genialidad. Sueños que están materializados en su casa.

El Mercurio, Antofagasta, Chile,

26-XI-1991 p. 3.

La casa de Neruda [artículo] Juan Bruce González.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bruce G., Juan

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La casa de Neruda [artículo] Juan Bruce González.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile